

## [ Discursos contemporáneos

### Arte de amanecer: Los laberintos órficos en la poesía de José Barroeta

Grégory Zambrano ]

Gozo la entrada de la muerte que sueño. Hablo con ella/ en este espacio  
donde cabe el mundo/ donde mi cuerpo y el abismo tienen su silla.

José Barroeta

"Fuera de orden", *Culpas de juglar* (1996).

En 1956, Vinicius de Moraes había estrenado en Río de Janeiro *Orfeu da Conceição*, obra de teatro cuya metáfora de la soledad —que trascendía lo individual para convertirse en una representación dramática de la soledad brasileña— motivó tres años más tarde la película del director francés Marcel Camus basada en la obra de teatro, la cual obtuvo la Palma de Oro en Cannes y también el Óscar a la mejor película extranjera. La música, compuesta especialmente Antonio Carlos Jobim y Luis Bonfá dan el toque mágico al drama mítico que quiero recuperar en esta oportunidad, solamente para traer una imagen que por su belleza expresiva y su significado, podría emparentarse con la propuesta de Pepe Barroeta, en alguno de sus textos. Se trata del momento en que unos jóvenes, casi niños, cautivados por la belleza interpretativa de Orfeo en la guitarra, le pedían a éste que cantara para que hiciera amanecer:

En un texto de José "Pepe" Barroeta, titulado *Cartas a la extraña*, y publicado en 1972, puede leerse:

Qué sabes tú, reina sin edad y sin tiempo del errar al que me someto. Qué de la música que me domina. Qué de la noche donde no ocurre el sueño y el espíritu despierta y fustiga sus muertos sobre la carne. Ya no quedan para mí colinas ni ciudades. Tu fantasma me conduce, lámpara en mano, a una tiniebla menos miserable, donde prohibidos los retornos la carne es burlada por la imaginación.

El texto es enigmático por la convergencia de un reino de luces y sombras, donde algo que se busca parece alejarse, donde el sueño y la vigilia cruzan sus fronteras y una atmósfera fantasmal teje un hilo finísimo que ata el deseo a la muerte. Ése es sólo un ejemplo de cómo el mito del hacedor de cantos se extravía en su búsqueda de la luz, de la palabra, del canto. Es Orfeo negado ante la pérdida definitiva de la amada. Es la búsqueda de una segunda oportunidad para la vida, pero que resulta inútil ante lo inevitable del destino.

Releyendo la poesía de Pepe, encuentro una paradójica virtud que tienen sus versos para convertir la oscuridad, el pesimismo, la mala fortuna, y los escarceos de la muerte, en un pretexto para cantar a la luz, a la fuerza vital, a la vida. Quizás uno de sus libros más profundamente impregnados de esos elementos disonantes sea *Arte de anochecer* (1975), que he citado desde su sentido opuesto, y que guarda muchas de las claves poéticas de su poemario anterior *Todos han muerto* (1971), las cuales no abandona del todo en otros de sus libros posteriores. Estas notas indagaban en las recurrencias temáticas de Barroeta, en sus búsquedas creativas a lo largo de tres décadas; proponen una lectura abierta hacia la consolidación de una “poética” personal e intentan al mismo tiempo de la valoración crítica, justificar las razones de pertenencia a una gran generación de fundadores y renovadores de la poesía venezolana del siglo XX.

La reciente publicación de la *Obra poética* de José Barroeta<sup>1</sup> en un solo volumen, devuelve al lector la bibliografía dispersa de este autor andino que viene trasegando con la palabra momentos importantes de la literatura venezolana del siglo XX. En su conjunto podemos hallar una propuesta estética que en mucho nos permite leer los signos de su desarrollo —o mejor— de su hacer, vinculado a unas “generaciones” hoy un tanto perdidas de los panoramas literarios de nuestro país. Su participa-

---

<sup>1</sup> José Barroeta, *Obra poética* (1971-1996), Mérida, Ediciones El otro el mismo, 2001.

ción en los grupos “En Haa”, “Sol cuello cortado”, “La Pandilla de Lautrè-amont”, confirma su vocación creadora y sus búsquedas para definir lo ancestral del sentimiento, la amistad, el amor y el que parece ser el motivo de sus más memorables poemas, el tema de la muerte. Como ha dicho Miguel Márquez: “Los muertos de José Barroeta son muchos, habría alguna vez que tomárselos más en serio y darles el lugar, el nombre, los epítafios que nos permitirían acercarnos a las identidades biográficas y epocales de quienes han conformado su mundo de referencias”<sup>2</sup>. En *todos han muerto*, la más espléndida metáfora del sentido de la muerte está en el poema que da título al libro:

La última vez que visité el pueblo/ Eglé me esperaba / dijo que tenía ojeras de abandonado y le sonreí con la beatitud de quien asiste / a un pueblo donde la muerte va llevándose todo<sup>3</sup>. (*Todos han muerto*, p. 95)

Es su propuesta poética, una larga reescritura de la nostalgia y la muerte como signos de permanencia. El poeta con su voz traspasa al lector las angustias, los sueños, pero también los goces del cuerpo y el espíritu, la libazón en el vino de Dios y el de la vid. Barroeta ha hurgado en el misterio, a veces insondable, del sueño. Ha deslindado su aluvión de metáforas sobre el saber; que busca comprender la inteligibilidad huidiza de la razón; por ello sus versos a veces apuestan por convertir en certeza lo que en un plano ajeno a lo poético sólo alcanza lo intuitivo. La dicotomía vida/muerte construye una genealogía de nombres: Néstor, el padre, Néstor, el hijo, alfa y omega: “No recuerdo con exactitud/ cuándo empezaron a morir/ Asistía a las ceremonias y me gustaba colocar flores en la tierra recién removida.” (*Todos han muerto*, pp. 95-96)

El sentido de la muerte teje una filigrana que atraviesa los puntos nodales de su propuesta poética. Hay aquí también una asunción, consciente o inconsciente, de la tradición poética venezolana: “Adiós a la patria”, de Rafael María Baralt, “Canto fúnebre” de José Antonio Maitín,

<sup>2</sup> Miguel Márquez, “José Barroeta: Dormir, morir, tal vez viajar”, “Verbigracia”, *El Universal*, Caracas, 6 de abril de 2002 [<http://www.eluniversal.com/verbigracia/memoria/N201/central3.shtml>].

<sup>3</sup> Todas las referencias en José Barroeta, *Obra poética* (1971-1996), Mérida, Ediciones El otro el mismo, 2001.

“Vuelta a la patria” de Pérez Bonalde, que en el siglo XIX estarían señalando el apego a una melancolía retórica en la que se sustentó el romanticismo venezolano. Traspasada la frontera cíclica del siglo, considera Lubio Cardozo en el prólogo a la *Obra poética* de Barroeta, que *Todos han muerto* se podría considerar; no obstante su extensión, “una compleja elegía moderna de la infancia y adolescencia del autor”, y en tal sentido una de las más bellas de la lírica nativa del siglo XX junto a *Elegía 1830* de Ramón Palomares<sup>4</sup>:

Siendo yo adolescente, mi padre taló un sendero de robles/ y los echó boca abajo al río. Desde entonces he vivido imitando/ los ademanes de mi padre rural. Como él, tomaba el agua de la roca/ pálida y me adentraba en los yerbazales. No temía a las iluminaciones. Era sencillo y diestro./ Hablaba poco de su padre. Ha debido quererle mucho. En noviembre/ reza, le coloca flores. Bajo su peso no obtendré ninguna dicha. Su demonio arderá/ en la noche campestre y la silueta de sus ojos ha de ser borrada/ en los inviernos. Sin embargo, cuando trato de reconocerme,/ voy a su encuentro. Abandono la ciudad y me tiendo sobre la tierra roja,/ bajo el cielo rojo. Junto a él, mi infancia no conoce límites. Tejió en mí muchos encantos,/ mucho de lo que mi memoria ha perdido, y así le sueño delicado,/ llevando trozos de hojas verdes a su boca. (Testimonio, pp. 85-88)

## El Mito Órfico

En la tradición occidental, Orfeo representa varias fisuras por las que se cuelan algunos sentidos: la fidelidad, la perseverancia, la música y el acto fallido. En cada uno de ellos se han situado significaciones que dilatan la caída inevitable. Orfeo, que espera una segunda oportunidad la pierde, condenado por su impaciencia, labor indetenible del destino:

Cuando me encuentre con el sucio otoño y el paño/ primaveral./ Cuando estés tú desnuda sobre los/ cráneos que amaron/ y los fervientes estemos muertos,/ y las hojas sean más sobre esa colina. Oh,/ Amapola. / Cuando mi

---

<sup>4</sup> Lubio Cardozo, “La estructura de la lírica de José Barroeta”, prólogo a *Obra poética*, p. 15.

alma atraviese la Estigia y mi memoria teja ruidos/ en el vacío./ Cuando tú y yo amapola/ conozcamos a Vivaldi y a Enrique Ibsen. Y yo duerma sobre ti/ y tú sobre mí. Oh, amapola,/ Oh dulce y bella flor mía. (Amapola, p. 51)

Tantos años de vivir no pueden contenerse entre los pliegues de un libro. Son las muchas puertas a una manera de decir; que se acota en cada verso como sucesión de imágenes, sentimientos, sueños, batallas ganadas y perdidas. La premonición del alba en la dedicatoria de su primer libro, *Todos han muerto*, presagia el punto de reconocimiento en la idea de primavera como renacer. La vida es también compromiso con lo que queda por decir:

### Arte de anochecer

Es un gran mural de homenajes. Al padre, a los hermanos, a la amada, a los escritores amigos, todos atravesados por la idea del movimiento, que a veces se torna punto de mediación del viaje como artificio poético. Este libro puede leerse como una historia de vida atravesada por múltiples signos que tienen un solo surco y un solo recorrido, la síntesis consciente de la caída. Una vida de aprendizajes, también de sortilegios, síntesis de quien ha amado hasta el hartazgo la vida y se toca los pies llenos de heridas:

Hay un arte de anochecer,/ un descenso en la entrada del día/ a la completa oscuridad./ Un intermedio / donde es necesario / recibir y saber todo sin estremecimiento./ Hay un arte, / un paisaje a veces amable, a veces torvo, / donde ascenso y descenso son accesorios / de la materia limpia. / Hay un arte de/ anochecer. / Quien haya vivido o soñado con bosques, / luces y demonios,/ lo sabe. (*Arte de anochecer*, p. 166)

## Entre la pena y el gozo: Culpas de juglar

*Culpas de juglar* es un libro hondo y doloroso. En él resume los entreactos, las pequeñas victorias contra los avatares de lo cotidiano y de los grandes proyectos truncos de vida. Para nombrar la caída: *Culpas de juglar* es una apoteosis, no del misterio, de lo insondable, sino de lo que está por verse, por vivirse.

En *Culpas de juglar*, no es ya un poema sino todo el conjunto donde un nombre plena la genealogía: abuelo, padre, hijo, todos atados inevitablemente a la fuerza indestructible del destino. Esta filiación poética retumba en las heredades de la palabra y su sentido elegíaco, paradójicamente, se aferra a la certeza de la vida, ¿qué decir de la premonición? El poeta vidente que confecciona el relato de su origen y el poeta que alestargado por la idea de la muerte hurga en el misterio, en la visión, esa de la que hablaba Rimbaud:

El primer estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, entero. Él busca su alma, la inspecciona, la tienta, la comprende. Desde que la conoce, debe cultivarla: esto parece simple: en todo cerebro se cumple un desarrollo natural: ¡tantos egoístas se proclaman autores; hay tantos otros que se atribuyen su progreso intelectual! Pero se trata de hacer el alma monstruosa; a semejanza de los comprachicos, ¡Y qué! Imagínesse un hombre injertándose y cultivándose verrugas en la cara. Digo que es preciso ser vidente, hacerse VIDENTE. El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos. Todas las formas de amor; de sufrimiento, de locura; él busca por sí mismo, agota en sí todos los venenos para no guardar de ellos sino las quintaesencias. Inefable tortura para la que se tiene necesidad de toda la fe, de toda la fuerza sobrehumana, en la que él llega a ser entre todos el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito ¡Y el supremo Sabio! ¡Puesto que llega a lo desconocido!<sup>5</sup>.

Vivencia concreta de los sentidos ocultos del mundo que el poeta logra revelar (re-velar), con su manera única de percibirse en el sueño,

---

<sup>5</sup> Jean Arthur Rimbaud, *Cartas de la vida literaria de Arthur Rimbaud*, Buenos Aires, Poseidón, 1945 (Traducción de Braulio Arenas).

la vigilia, el goce, el dolor; la risa, el llanto. Todo lo que necesita y busca para reconstituirse en el camino, lo hallamos en esta gran alforja donde siempre pasa un río, donde llueve y el poeta logra verse hacia su yo interior, dolorosamente. El fuego sagrado de la poesía brota aquí para llevarnos en su atadura sideral. Ya lo decía Víctor Valera Mora en uno de sus célebres poemas, "Nombres propios", de *Amanecí de Bala*, "Pepe, Pepe Dionisius, Pepe Dionisius Paolini, yo soy el diablo".

El contacto con esos universos cerrados a veces y en sintonía mítica con lo dionisiaco nos permite asimos a un grado amplio del goce, de los goces, del vino, del cuerpo, de la amistad. Lo físico, lo sensorial se dan las manos, se encuentran y no hay un por qué más allá del instante.

Ya lo decía María Antonieta Flores:

Pepe Barroeta, ferviente oficiante de la palabra. En su hacer evoca lo enajenado, el signo del andariego, lo siniestro, lo oculto y lo perdido. La condición del iluminado deja la huella en toda la realidad que penetra su subjetividad: alunado bajo los encantamientos de lo nocturno como fuerza arquetipal y simbólica enuncia una palabra que cruza las fronteras del presente, se hunde en la noche de los tiempos y se proyecta hacia los presentidos lugares donde habita lo futuro<sup>6</sup>.

La poesía de Barroeta impulsa una alta consciencia de la temporalidad. En ella se entretrejen los tiempos míticos e históricos, trenzados por las vicisitudes del hombre que se asume en su presente pero que no logra, no quiere, dejar que su voz se desparrame en el caos. Su voz: "Es una voz que porta un tiempo trascendente y circular que arropa todos los tiempos. Viajar y retornar al pulcro fuego de la noche", así lo acuña en un limpio verso que puede leerse como una definición de la poesía considerada como vida, vivencia y razón de ser<sup>7</sup>.

He allí un manojito de enigmas que la poesía misma nos revela,

---

<sup>6</sup> María Antonieta Flores, "José Barroeta, iluminando el arte de anochecer", *Papel Literario de El Nacional*, Caracas, 30-11-02, p. 2.

<sup>7</sup> María Antonieta Flores, loc. cit.

nos da la clave, sólo que es necesario ir a buscarla, más allá de los sentidos, donde se exige una atenta percepción, que se esconde, se diluye, se metamorfosea, como los cantos de sirena, prestos a producir extravíos. En el prólogo que Lubio Cardozo escribe para presentar la poesía reunida de Barroeta, dedica sentidas palabras para reconocer la singularidad de *Culpas de Juglar* (1996). De este libro afirma:

Macizamente hermoso en la valentía de revelar la verdad de un espíritu, espejo de una extremada y auténtica ventura de trovador, exigió asimismo una ódica rica en sus visiones, en sus intuiciones intelectuales, provenientes de una tajante concepción de la existencia cuya sabiduría, cuya kalosofía, escapa de la mera razón sensible y penetra el dominio de la surrealidad<sup>8</sup>.

La conciencia de la historia, el rictus frente a los íconos de su tiempo se vuelven actos de rebeldía, de ironía y parodia, donde confluyen sus más preciados elementos, la vitalidad, el amor, la pasión y la frontera diluida entre sueño y realidad.

### Razón de ser

El día y la noche son la fuerza lacerante que se convierte en embriaguez perpetua; de vida, de luz, de belleza. Hay allí una forma que pudiéramos llamar el oráculo del vidente; la búsqueda de certezas lo lleva a un recorrido que es plenitud cuando logra vaciarse hacia dentro. Después su palabra va a entregarse como acto de comunión con quienes le acompañen. Quizás por esta razón, José Barroeta puntualiza elementos esenciales y criterios específicos que nos podrían conducir a la poética implícita de sus versos, y que él mismo había señalado en el breve texto que introduce la *Antología poética* que editara Fundarte en 1985:

En mi obra es fácil observar el uso de diversos lenguajes, siempre unidos o vinculados por un lirismo espontáneo, por una aceptación del universo ínti-

---

<sup>8</sup> Lubio Cardozo, "La estructura de la lírica de José Barroeta", prólogo a *Obra poética*, p. 24.



mo, en el que las sombras domésticas se multiplican y abordan los temas de la muerte, el amor y en un tiempo último, los variados rostros o confines que surgen del encuentro de lo vivencial, de una realidad en la que ser huésped supone rebelarse contra la idea de azar y situarse en otras regiones en las que todo acto prodigioso es humo, revés de una historia de iluminaciones que ceden paso a la miseria<sup>9</sup>.

Sin duda que una experiencia de vida intensa, a veces en el filo de la renuncia, nos sitúan frente a una sensibilidad que choca con la dureza de la realidad, que se evade también como acto de creación, donde el enunciador se desdobra y se asume vitalmente creador junto a la sombra de la muerte:

Era aborrecer la multitud, aborrecer todo cuanto me impedía sentarme a la sombra de mi cadáver y acusar desde allí el origen de una enfermedad, el alcohol, que desde la adolescencia se aposentó en mí en forma sagrada. Una enfermedad que tú detestas cuando sobrepasa el extremo y que yo admiro porque es la derrota del cuerpo, la fiebre del espíritu, la devoción a la muerte, la casa de la infancia hecha polvo bajo nuestros pies (IV Carta)<sup>10</sup>.

La poesía de José Barroeta ha recibido numerosos elogios, su estudio va ganando nuevos lectores, y sin duda su propuesta conforma uno de los proyectos poéticos mejor sostenidos en el tiempo, que es signo de permanencia, con esa calidad que no da lugar a las caídas, con una madurez que se afianza en cada libro y que consolida al autor como una de las voces poéticas más profundas y sostenidas del siglo XX venezolano.

Otro elemento que no por menos importante he dejado para el final de estas notas. Se trata de su potencial oficio de hermeneuta, de intérprete de las voces y los sueños de los otros. Tres volúmenes plantean un surco donde ha estado presente no sólo su sensibilidad creadora, sino la filigrana de un derrotero que lo ha llevado a incursionar en grupos, movimientos, propuestas personales de otros poetas. Ya en la mencionada

<sup>9</sup> José Barroeta, *Antología*, Caracas, Fundarte, 1985, p.5.

<sup>10</sup> José Barroeta, *Cartas a la extraña*, Valencia, Universidad de Carabobo, Dirección de Cultura, 1972.

nota introductoria de su *Antología* (1985), deja clara la “poética” que define su propio hacer y el arte no menos exigente de mirar afuera:

El oficio de escribir y la intuición son los grandes recursos que orientan al poeta. Es probable que ambos contradigan el mundo de hoy y de ese rechazo de la poesía a lo que podríamos llamar nuestro alrededor, advenga lumbre, símbolos y palabras que nos sirvan para confirmarnos el asombro<sup>11</sup>.

Esta sumatoria de oficio e intuición son los ejes, las coordenadas de un mapa que intenta deslindar su escritura poética y el discurso reflexivo que se concentra en tres títulos: *La hoguera de otra edad. Aproximación a dos grupos literarios*, “El Techo de la Ballena” y “Tabla Redonda” (1982)<sup>12</sup>, *El padre, imagen y retorno* (1992)<sup>13</sup>, y *Lector de travesías. Estudios sobre la poesía de Luis Camilo Guevara, Rafael Cadenas y Víctor Valera Mora* (1994)<sup>14</sup>. Ambas líneas de bregar con las palabras se cruzan, se retroalimentan, se continúan, como dando crédito a la certeza de que en la palabra escrita subyacen ocultas reescrituras.

---

<sup>11</sup> José Barroeta, *Antología*, pp. 5-6.

<sup>12</sup> José Barroeta, *La hoguera de otra edad. Aproximación a dos grupos literarios* “El Techo de la Ballena” y “Tabla Redonda”, Mérida, Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, 1982.

<sup>13</sup> José Barroeta, *El padre, imagen y retorno*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1992.

<sup>14</sup> José Barroeta, *Lector de travesías. Estudios sobre la poesía de Luis Camilo Guevara, Rafael Cadenas y Víctor Valera Mora*

## Final

Aquí los dejo, la página requiere de vacíos, la palabra también de silencios. Aquí los dejo con el aire iluminado de José Barroeta, que aguarda en sus versos, como los fantasmas en las esquinas, donde moran los sueños de la infancia, las sombras del presente y los asomos de lo porvenir. Aquí dejo sus metáforas, sus desvelos, y la conciencia de que en todo lugar nos acompaña el vértigo del presente incierto, las culpas del juglar; la fuerza del día y ese indetenible juego de espejos, máscaras y celebraciones, envuelto de enigmas, como un perpetuo arte de anochecer, que luego se llena de coloridos, de luces nuevas. La voz de José Barroeta, como la del intérprete de Orfeo, canta para que sea su voz la que indique el paso siguiente en la huida del laberinto, y en su plenitud de vida esa misma voz se convierta en un perpetuo arte de amanecer.

**Grégory Zambrano**

Facultad de Humanidades y Educación

Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela

## Bibliografía

- BARROETA, José. (1985). *Antología*, Caracas: Fundarte.
- ———. (1972). *Cartas a la extraña*. Valencia, Venezuela: Universidad de Carabobo, Dirección de Cultura.
- ———. (1982). *La hoguera de otra edad. Aproximación a dos grupos literarios "El Techo de la Ba-llena" y "Tabla Redonda"*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.
- ———. (1994). *Lector de travesías. Estudios sobre la poesía de Luis Camilo Guevara, Rafael Cade-nas y Víctor Valera Mora*. Mérida, Venezuela: Ediciones Solar.
- ———. (2001). *Obra poética (1971-1996)*. Mérida, Venezuela: Ediciones El otro el mismo.
- ———. (1992). *El padre, imagen y retorno*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- CARDOZO, Lubio. (2001). "La estructura de la lírica de José Barroeta", prólogo a José Barroeta, en *Obra poética (1971-1996)*. Mérida, Venezuela: Ediciones El otro el mismo, pp. 13-25.
- FLORES, María Antonieta. "José Barroeta, iluminando el arte de anochecer", en *Papel Literario, El Nacional*, Caracas, 30-11-02, p. 2.
- MÁRQUEZ, Miguel. "José Barroeta: Dormir, morir, tal vez viajar". "Verbigracia", *El Universal*, Caracas, 6 de abril de 2002. [<http://www.eluniversal.com/verbigracia/memoria/N201/central3.shtm>].
- RIMBAUD, Jean Arthur. (1945). *Cartas de la vida literaria de Arthur Rimbaud*. Buenos Aires: Posei-dón, (Traducción de Braulio Arenas).